



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.		PRECIOS DE SUSCRICION.	
AÑO I.	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, num. 39.	En Cádiz, un mes, adelantado	2 ptas.
	Madrid, en las principales librerías.	En toda España y Portugal, trimestre, 7	25 »
	Correspondencia literaria: Sra. D. ^a Patrocinio de Biedma, Soledad, 3.	pesetas: seis meses, 13 id., un año, id.	10 »
		En Cuba y Puerto Rico, trimestre, id.	15 »
		Extranjero y repúblicas americanas, id.	15 »
No se devuelven los originales que no se utilicen.		Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.	

30 de Junio de 1877

Núm. 6.º

SUMARIO.

ANDALUCES ILUSTRES.—*Grabado:* Retrato del Sr. D. Fernando García de Arboleya y biografía del mismo, por LA REDACCION.—Una aventura amorosa del gran Duque de Alba, por ADOLFO DE CASTRO.—A la eminente escritora señorita D.^a Concepcion Gimeno, por EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.—A una flor, por JULIA DE ASENSI.—La que yo quiero, por JOSÉ NAVARRETE.—El mayor desengaño, por LUIS VIDART.—En un abanico por RICARDO SEPÚLVEDA.—A una mariposa, por C. VIEYRA DE ABREU.—Perla en el fango, por J. T. SALVANY.—Contestacion bibliográfica al Sr. D. Fermín Herran, por el Doctor Thebussem.—Literatos y toreros, por RAMON LEON MAINEZ.—La flor del cementerio, *continuacion*, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B.—Noticias.—Anuncios.

ANDALUCES ILUSTRES.

DON FERNANDO GARCIA DE ARBOLEYA

EN el presente número comienza á cumplir el CÁDIZ el compromiso contraido con el público, dando en sus columnas el primer retrato de los que han de formar su *galería de celebridades*.

Segun nuestros deseos en ella han de encontrar lugar cuantas notabilidades de ambos sexos honran nuestra patria, y nuestro mayor placer será acertar á presentarlos en su verdadero valor, para que el pueblo les conozca y conserve sus retratos como conserva sus nombres, con veneracion y cariño.

Debiendo estar representadas en nuestra galería todas las clases, hemos creído que teníamos el deber de ofrecer el primer lugar á una personalidad tan respetable como la que hoy aparece honrando nuestras columnas, así por su historia, como porque para nosotros representa el periodis-

mo, siendo el decano de los periodistas gaditanos, y modelo, á la vez, de escritores activos, modestos, inteligentes y honrados.

D. Fernando García de Arboleya nació en Cádiz el 25 de Agosto de 1814; es hijo de D. Francisco García de Arboleya y de Doña Fernanda Duval, que le educaron en el ejemplo de sus virtudes y con inteligente acierto.

Los primeros años de su vida los pasó en Puerto Real, y sintiendo en esa edad de los

entusiasmos y de las esperanzas, la afición á las letras, fundó un periódico que se tituló *El Cangrejo*, que si no alcanzó larga vida ni alto nombre, probó, en cambio, las distinguidas dotes que en el joven aficionado revelaban ya de una manera clara al hombre de talento.

Su inteligencia tuvo más ancho campo en que mostrarse, colaborando más tarde, con aprobacion de todas las personas discretas, en el periódico político *El Tiempo* que se publicaba en esta ciudad.

En 1842 fundó *El Comercio*, notable periódico que hoy cuenta 35 años de vida, y puede asegurarse que en su larga historia no ha manchado sus páginas ni con una difamacion, ni con una calumnia, ni con una bajeza. Siempre digno, siempre serio, siempre respetuoso con quien respeto merece, siempre atento con los que le buscan y benévolo con los que le ofenden, es un monumento honroso del periodismo español, y prueba bien claramente la voluntad firme, la inteligencia elevada, la rectitud moral y filosófica de su apreciable director, no menos que sus sentimientos religiosos y caballerescos, que hacen inspire *El Comercio* tanta confianza como simpatías.

La rectitud de sus juicios, la imparcialidad de sus apreciaciones, dan un gran valor á lo que afirma, y puede asegurarse que Cádiz responde con su atencion y su respeto á la actitud dignísima del primero de nuestros periodistas. En 1856 fundó *La Revista de Ultramar*, compendio de lo más importante que publicaba *El Comercio* y de las noticias más interesantes de la Península. Esta revista murió en 1875.

Aparte de su incesante trabajo periodístico, pues como un rasgo



D. FERNANDO GARCIA DE ARBOLEYA, DIRECTOR DEL PERIÓDICO EL COMERCIO.

de su actividad, debemos hacer constar que en 35 años que cuenta *El Comercio*, su artículo editorial ha sido escrito casi siempre por su director; aparte de este trabajo, decíamos, ha publicado algunas notables obras, entre ellas una *Historia del reinado de D.ª Isabel II*, un folleto defendiendo la candidatura de la Infanta D.ª María Luisa Fernanda para el trono de Méjico, y una novelita titulada *Un retrato*. En cuanto á su historia política, hé aquí los preciosos datos que ha tenido la bondad de facilitarnos un distinguido amigo nuestro y que creemos verídicos:

«Publicábase en Cádiz el año de 1840 un periódico moderado con el título de *El Tiempo*. Era su director D. José Vicente Durana, Alcalde y comerciante de esta ciudad que en los años de 1820 al 23 había tomado una parte activa por la causa liberal.

Hombre de gran energía y talento, combatió cuanto pudo al partido progresista. Vino la revolución de Setiembre del 40, y entónces vióse obligado á emigrar.

Tomó el periódico *El Tiempo* el título de *El Globo* y su dirección quedó á cargo de los Sres. D. Alejandro Llorente y D. Augusto Amblard, jóvenes abogados de Cádiz, muy conocidos por su ilustración.

Precaria fué la vida de *El Globo*; su imprenta fué destruida una vez por las turbas populares, por la publicación de un artículo.

Con motivo de haber tenido un duelo en 1842 el Sr. Llorente con el Coronel progresista D. José María Riesch, Jefe político de la provincia, á causa de cuestiones habidas en las columnas del periódico, duelo en que perdió la vida este señor, la noche en que se supo la noticia del suceso, las turbas allanaron otra vez la casa donde estaba la imprenta de *El Globo* y la destruyeron. Emigró el Sr. Llorente.

Pocos días después apareció el periódico con el título *El Comercio*, á seguir sustentando las opiniones del partido moderado.

Confióse la redacción á un joven de talento y esperanzas. Ese era el Sr. D. Fernando García de Arboleya, que se había dado modestamente á conocer por la publicación de un pequeño periódico que con el título de *El Aldeano*, según otros *El Cangrejo*, veía la luz pública en Puerto Real, para recreo de las familias que allí concurrían de temporada.

Sustituyó el Sr. de Arboleya, á las formas agresivas é impetuosas con que se habían dado á conocer en sus luchas los periódicos *El Tiempo* y *El Globo*, un sistema templado de combatir en que la fuerza más estaba en los raciocinios que en las palabras.

En el período de los once años del predominio del partido moderado, el Sr. García de Arboleya fué constante defensor de los gobiernos de su comunión política, sin jamás tomar parte á favor de ninguna de las fracciones de ella que en diferentes épocas se presentaron en disidencia.

Recien terminado el alzamiento de 1843 en contra de la regencia del Duque de la Victoria, alzamiento en que tomaron parte la mitad del partido progresista, y el partido moderado, el Sr. García de Arboleya, según nos dicen, publicó la historia del referido alzamiento, obra que apareció sin nombre de autor.

Posteriormente el Sr. de Arboleya dió á luz en Madrid una historia de los primeros años del reinado de D.ª Isabel II, escrita con buen criterio y copia de curiosos datos. Este libro que igualmente se publicó sin nombre de autor, está ilustrado con grabados en madera.

Durante el bienio de 1854 á 1856 el Sr. de Arboleya hostilizó la situación. Cuando el partido moderado volvió al poder continuó en su anterior sistema, leal siempre á los gobiernos de su comunión política.

No transigió jamás con el partido de la unión liberal, habiendo sido su opinión decididamente la de presentarse en los comicios el partido moderado, aunque sin confianza en el triunfo, para mantenerlo aguerrido y compacto.

El Sr. García de Arboleya tampoco tomó parte en la revolución de 1868: al contrario, se mantuvo adicto á la dinastía caída, y desde la abdicación de D.ª Isabel II, constantemente defendió la causa de D. Alfonso XII.

Al ocupar éste el trono, el Sr. de Arboleya recibió la alta recompensa de la gran cruz de Isabel la Católica, en premio á tantos y tantos servicios.

Las circunstancias políticas últimas, obligaron sin duda al Sr. de Arboleya á modificar su criterio político.

Antes había defendido sin transacción los principios puros del partido moderado. Hoy, en interés de la restauración, ha creído más patriótico adoptar la política que representa el Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros, Cánovas del Castillo, que es la de la conciliación, considerándola como el medio de afianzar la dinastía y el orden.

El Sr. García de Arboleya, sin ser un escritor fogoso y de grandes arranques, se ha distinguido y distingue por la templanza con que sostiene las ideas, por la claridad del juicio con que las expone y por la prudencia con que las presenta, siendo uno de los periodistas políticos más antiguos de España y uno de los más considerados de provincias, habiéndose muchas veces aceptado por periódicos de la corte las ideas emitidas por *El Comercio* en algunas de las cuestiones más importantes de la política general del país; y hasta hace poco siempre dirigió á la mayoría del partido moderado de Cádiz, con sus consejos, ya en los días de la prosperidad como en los de la desgracia.»

A estos interesantes datos sólo tenemos que añadir una circunstancia, tan rara en esta época, que honra infinito al Sr. Arboleya, como que ella resume la historia del hombre y la del periodista: héla aquí:

D. FERNANDO GARCÍA DE ARBOLEYA JAMÁS HA ADMITIDO DE NINGUN GOBIERNO RECOMPENSA DE NINGUN GÉNERO.

UNA AVENTURA AMOROSA

DEL

GRAN DUQUE DE ALBA.

Si leemos historias extranjeras que traen del reinado de Felipe II, nos hallaremos con descripciones tétricas del carácter de D. Fernando de Toledo, duque de Alba. Su gobierno en Flandes tan severo con los rebeldes, su valor terrible en las lides y más terrible aún después de la victoria, el orgullo que tanto se le censura, todo se narra por los enemigos de la política del Rey y del catolicismo con sangrientos colores.

No cumple hoy á mi designio referir aquí las alabanzas que autores ortodoxos dan al duque de Alba por su manera de gobernar en Flandes, ni los juicios en parte adversos que algunos españoles sus contemporáneos, á quienes nadie ha podido con razón tachar de poco católicos, han considerado el proceder de aquel general. Don Juan de Austria, que fué uno de los sucesores del duque, escribió más de una vez á su hermano Felipe II y á alguno de sus ministros, lamentándose de la política del duque de Alba, que en su sentir fué la ocasión de haberse más y más vigorosamente encendido la guerra en los Países Bajos, cerrando todo camino á una reconciliación no menos honrosa que prudente.

Otro es mi propósito en este artículo, y es examinar con presencia de documentos desconocidos, cual fué la verdadera causa de haber caído del favor de Felipe II el duque de Alba y experimentado el enojo del Rey, sufriendo una prisión por espacio de dos años en el castillo de Uceda.

La opinión común hasta nuestros días es, que habiendo Felipe II deseado que un hijo del Duque se casase con la hija de cierto grande, el de Alba negóse terminantemente á los consejos, ó más bien, órdenes del monarca.

En la Biblioteca de la Real Academia Española existe un manuscrito, así intitulado:

Silva de lección varia, ejemplos y casos acaecidos en el mundo por Fray Ignacio de la Purificación año de 1625.

No sé el nombre que en el siglo tuvo el autor: del libro se deduce evidentiamente que cerca del valido de Felipe III Don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, vino á ser una especie de Gil Blas de Santillana, y que desengaños del mundo lo llevaron al claustro recibiendo el hábito de carmelita descalzo.

Contiene este libro muchas cosas por demás notables. En la página 105 y con el título de *Severidad de Felipe Segundo*, dice que con ocasión de un sarao en palacio se halló el famoso duque de Alba.

Después de terminarse la fiesta, el Rey acompañó á la Reina á su cuarto, y el duque entró á hablar con una dama en el hueco de una ventana que mal cubría un tapiz. Volvió el Rey más presto de lo que el duque imaginaba: oyó hablar, levantó el tapiz completamente y encontró á los amantes. El duque de Alba no supo qué decir: ella sí por medio de estas palabras: «Señor: éste es mi marido.» Dejó caer el tapiz Felipe II sin responder palabra. Dió al capitán de la guardia orden de prender al duque, y aquella misma noche fué éste sacado de Madrid y conducido en un coche tirado de seis mulas, á un castillo fuerte, donde estuvo con una gruesa cadena al pié.

Fray Ignacio refiere luego lo que aconteció á la señora: «La misma noche á las dos de la mañana sacaron á la dama en una litera, también con buena guardia y la llevaron al Archivo de Simancas, que es otro castillo fuerte; y la pusieron en un cubo de una almena tan lóbrego y oscuro, que en la mitad del día no se vía cosa alguna, y tan corto que no cabía una persona tendida. Yo entré una vez allí y medí el suelo por curiosidad y no tenía cinco pies de largo. Aquí estuvo diez y siete años la pobre señora, sustentada de lo que por una ventanilla ó buharda le bajaban en una cestilla muy parcamente. Era hermosísima en extremo: llamábase D.ª Mencía de la Cerda y era marquesa del Valle.»

Esto dice Fray Ignacio. En las Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614 por D. Luis Cabrera de Córdoba, se habla varias veces de la prisión de la marquesa del Valle y de su sobrina Doña Ana de Mendoza, en la fortaleza de Simancas. ¿Fué la misma persona? Hé aquí una duda que se ocurre desde luego. ¿Confundió el autor un nombre con otro? No parece posible, tratándose de una persona criada en palacio, que confundiese con tal facilidad los hechos que supo de oídas por ser del reinado anterior y los que él debía perfectísimamente conocer, hallándose como se hallaba al servicio de los validos de Felipe III.

La dama presa de orden de éste en Simancas, era Doña Mencía, marquesa del Valle.

Fray Ignacio cita otra señora, también marquesa del Valle y muy amiga de D. Rodrigo Calderon, llamada Doña Magdalena. Quede notada esta diferencia de nombres, aunque haya igualdad en el título y en la prisión de Simancas, si bien en reinados diferentes.

Prosigue Fray Ignacio en su relación diciendo que cuando se rebeló Portugal, Felipe II mandó llevar á su presencia al gran duque de Alba, con cadena al pié y la barba blanca tan larga que le pasaba de los pechos. Dióle el bastón de general y la libertad. Terminada la guerra, cuenta el religioso que regresó vencedor el duque á la real presencia y que entregó el bastón á Felipe, y que el monarca dispuso que nuevamente fuese encadenado, hecho que no se comprueba por relación alguna contemporánea y que merece ser puesto en duda, á menos que no consiga crédito por documentos incontrovertibles.

"Todos, dice Fray Ignacio, quedaron tan suspensos de esta acción que con lágrimas manifestaban su desconsuelo. Sólo el duque que se mostraba muy constante, ofreció á la cadena el pié y la cabeza al verdugo, si se la demandara."

Esta relación contradice enteramente lo que del suceso del desagrado del Rey y prisión del duque, nos afirma otro códice. En la Biblioteca provincial de Cádiz entre los libros que legó mi respetable y querido amigo Don José Manuel de Vadillo, se halla un libro (J. 121) cuyo título es *Casos singulares sacados de ciertos libros y papeles manuscritos por un cortesano ocioso*. Cuéntase en él que D. Antonio, hijo del duque de Alba, galanteaba en palacio á una dama: que por verla, tenía concertado que ella á las dos de la mañana pasase con una luz por la obra del primer cuarto del mismo palacio. Subió D. Antonio una noche por una escalera que retiraron los que lo acompañaban. Esperó la seña convenida oculto entre unos cantos (esto debió suceder en el Escorial): divisó la luz, salió al encuentro y hallóse con Felipe II. "Admiróse toda la severidad del rey (son palabras del manuscrito) y le dijo:—¿Por dónde habeis subido?—Respondióle D. Antonio—por esa ventana con una escalera.—Pues al punto (le dijo el Rey) bajad por ella.—El aturdido, sin ver el riesgo, dió un salto y cayó quebrándose ambas piernas." Acudieron sus criados: dieron parte del suceso al duque de Alba, el cual sin permitir que curasen al hijo, lo envió á Guadalajara con carta para el duque del Infantado, en que le decía: "Al punto le desposareis con la Sra. D.ª Mencía, vuestra hija, y después se curará porque conviene no perder tiempo." Así se ejecutó puntualmente.

Por la mañana envió Felipe II á llamar muy temprano al duque de Alba y le dijo: "Hágoos saber, duque, que tengo casado á vuestro hijo Antonio." El de Alba respondió: "Señor, ya lo sé y anoche se desposó con D.ª Mencía, hija del duque del Infantado en Guadalajara." A lo cual replicó el Rey: "¿Cómo puede ser eso si yo anoche ví á vuestro hijo?" El duque afirmó ser verdad lo dicho por él y el Rey se enojó y lo envió preso á una fortaleza.

Hasta aquí lo que refiere el cortesano ocioso; pero el que trasladó el manuscrito contradice todo, señalando el origen de la desgracia del duque en que hizo que su hijo D. Fadrique casase con la hija de D. García de Toledo, marqués de Villafranca, sin tener cuenta con otra dama que fué de la Reina, á la que años anteriores había dado palabra y sobre lo que mediaban un pleito y una orden de Felipe II para que hasta que tuviese fin aquel no dispusiese de sí. D. Fadrique, opinión que en parte ha dado asunto á un bellissimo drama que con el título de *La espada de un caballero*, escribió mi ingenioso amigo el Excmo. Sr. Marqués de Molins, drama en que compiten la nobleza delicada de los pensamientos con toda la gala del buen decir castellano.

Pues bien, contra estos pareceres acerca de la prisión del duque de Alba viene el del religioso carmelita ya citado, el cual habla como muy conocedor de la marquesa del Valle, que fué además muy amiga de D. Rodrigo Calderon, y á quien éste visitaba todas las noches con algunos de los de la secretaría. La marquesa del Valle dejó por su heredero al mismo D. Rodrigo.

Véanse ahora las palabras de Fray Ignacio: "Luégo que el Santo Felipe III entró en el gobierno del reino halló esta ocasión en que ejercitar la piedad, y á ruego de muchos señores fué libre la buena señora, después de largos años de prisión, habiendo dejado entre aquellas paredes, lóbregas y oscuras la gracia, donaire y gentileza de su hermosura. Vino la pobre á la corte, que á palacio jamás tornó, llena de años y achaques. Curó de éstos y vi-

vió después mucho tiempo y gozó el duque de Lerma, el nuncio de España, muchos consejeros, títulos y grandes de su gran prudencia, consejo y aviso, que la consultaban como un oráculo..... *Yo soy testigo de haber visto á todos esos que aquí refiero con esta señora, á quien en ocasiones llevé algunos recados y sus respuestas. Aun á los ignorantes como yo satisfacía.*"

Después de estas palabras escritas por un sacerdote, no puede creerse que la marquesa del Valle, presa por Felipe III, sea la misma de que se habla. Tan afirmativas son las frases del religioso al tratar de esa persona, á quien conoció tan de cerca, que desde luego merecen estudiarse para comprobarlas con otros documentos y deducir la historia verdadera de las causas de la prisión del duque de Alba.

Pública sería la historia en Madrid reinando Felipe III; por ella misma la sabría D. Rodrigo Calderon y consiguientemente por el marqués de Siete Iglesias su protegido, el que luego fué religioso.

Préstase el asunto á la novela, y más aún novela en que el galán tiene que ser un anciano de más de sesenta años y con la circunstancia de llamarse el gran duque de Alba.

ADOLFO DE CASTRO.

Cádiz: Junio, 1877.

Á LA EMINENTE ESCRITORA

SEÑORITA

DOÑA CONCEPCION GIMENO,

CON MOTIVO DE LA RECIENTE PUBLICACION
DE SU ERUDITA OBRA

LA MUJER ESPAÑOLA.

Por tí la mente mía
Dirijí con afán á los verjeles,
Dó vierten á porfía
Su fragancia las rosas y claveles.

Incansable en mi giro
Fuí cruzando la plácida arboleda
Encantado retiro
Donde halla el ruiseñor estancia leda.

Miré la selva oscura
Que recorren arroyos á millares,
Al par que en la espesura
Da el ave trinadora sus cantares.

Del sol á los reflejos
Que por veces velaban las neblinas,
Ví alzarse, allá muy lejos,
Sobre el azul del mar blancas ondinas.

Y dije presurosa
Al pensar que él oculta ricas perlas:
«¿Quién pudiera, afanosa,
A su fondo bajar para cojerlas!»

Levanté la mirada
Volviendo del Océano á la tierra,
Y miré prolongada,
La altiva cumbre de la agreste sierra.

Ante aquella grandeza,
Absorta me quedé breves instantes,
¡Quién, pensé con presteza,
De su seno arrancara los diamantes!

Mas luégo, en mi afán loco,
Pobre hallando el esfuerzo de mi ingenio
Dije: «todo esto es poco
Para ofrecer una corona al genio.»

Perlas, diamantes, flores,
Tales son, en verdad, amiga mía,
Los presentes mejores
Que á la belleza la amistad envía.

Mas no son esas galas
Bastante para el ser, genio fecundo,
Que alza cual tú las alas,
Sobre el espacio terrenal del mundo.

Triunfo mayor reclama
El sacro fuego que ilumina al hombre,
Así en pos de tu fama,
Los siglos repitiendo irán tu nombre.

Hoy que nuevo laurel tu sien sujeta,
Pregonando tus glorias á porfía,
Enlazada á la pluma del poeta
Yo te rindo también la lira mía.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Lugo: 1877.

Á UNA FLOR.

Odias la luz del día, pues huyes de su encanto,
Evitas, flor modesta, el ruido mundanal,
Y de noche las nubes te dan su dulce llanto
Ornando tu corola sus gotas de cristal.

Duermes durante el día y ostentas en la noche
Tus gracias, tu hermosura, tal vez tu puro amor,
Pues el amor su nido formó en tu casto broche
Que oculta sus bellezas al astro abrasador.

Duermes durante el día y velas en la sombra,
Das á la blanca luna tu aroma virginal,
Descansas si el sol luce sobre el césped, alfombra
Verde cual la esperanza del mísero mortal.

La bella mariposa de transparentes alas
Jamás buscó en tu cáliz la delicada miel,
Tú no ofreces más vida, tú no ofreces más galas
Á esa reina inconstante y altiva del verjel.

Tu amor sencillo, suave, tu cándida inocencia
Exentos de inquietudes se ven y de pesar,
¡Quién tuviere, flor pura, tu plácida existencia,
Quién pudiera en el mundo tus goces alcanzar!

Odias la luz del día, pues huyes de su encanto,
Lo mismo que el contento de mi camino huyó;
Tú guardas el rocío, yo vierto triste llanto,
Tú solo por la noche, á todas horas yo!

JULIA DE ASENSI.

Madrid: 1877.

LA QUE YO QUIERO.

¡Miradla! no hay morena que la iguale,
Ni con más gentileza Dios la cria,
Ni vá en hombros mantilla más airosa,
Ni hay falda con más garbo recogida;
Ni ojos más decidores, ni otros labios
Que en más bocas enciendan su codicia,
Ni rosa más feliz que la de nieve
Que entre sus rizos de azabache brilla.

A mi lado no está; pero en la sombra,
Ántes que el sueño embargue mis pupilas,
Cuando mis pensamientos pongo en ella
Con el amor inmenso que me inspira,
Oigo su dulce voz, no articulada,
Que mis pesares calma compasiva,
Y sus perfiles luminosos veo,
Y un rayo de esperanza en su sonrisa.

Y es que los pensamientos cuando nacen
Van al ser á que el alma los destina,
Y si son amorosos, amor siembran
Que al sol de la constancia fructifica.
Y aún es posible que escuchando un alma
El tierno delirar que otra le envía,
Á ella se acerque en invisible estela,
Del cuerpo donde mora desprendida.

José NAVARRETE.

Rota: 1877.

EL MAYOR DESENGAÑO.

La amaba con delirio, con locura,
¡Cuánto la idolatré!
Pero el tiempo pasó, dejé de amarla,
¿La causa? No la sé.

Ella dicen lloraba el desengaño,
Y el mío fué mayor;
Si me engaña mi propio sentimiento
¡Mentira es todo amor!

LUIS VIDART.

Madrid: 1877.

ra. Ni los más respetables académicos, ni las más altas corporaciones, ni las principales bibliotecas, ni el Gobierno mismo con todas sus leyes, y empleados, y medios de acción, han podido conseguir el pago de la gabela literaria que Vd. desea. Por cada centenar de obras que vean la luz, recibirá Vd. una ó dos, echando la cuenta por largo.

Quizá yo considere la cuestión desde el punto limitado y estrecho de mi inteligencia, y por este motivo vea más abultados los obstáculos y dificultades que Vd. mismo reconoce. Diré á Vd. la causa. Hace tiempo que reuno y anoto papeletas de *Formularios de cartas* y de *Libros de cocina* (españoles nada más). No sabe Vd. el trabajo, tiempo, dinero y lectura que he gastado en empresa tan baladí. Aún estoy al pié de la cuesta, y casi á punto de ahogarme en tan poca agua. Permitame usted que cite, pues creo que viene á pelo, una de las hazañas que atribuyen al célebre *Manolito Gazquez*. Referia este ponderador andaluz la aficción en que se hallaba el Sr. Asistente de Sevilla por tener que enviar un pliego urgente al Virey de Lima, y no hallarse buque que lo llevara. Acuden á Gazquez, quien en cortísimo tiempo desempeñó la comisión y trajo la respuesta del Virey. ¿Pero de qué manera, Señor Manolito, hizo Vd. tan largo viaje? Lo hice, respondió, del modo que van Vds. á oír: me fuí al puente de Triana, cogí la carta con los dientes, y ¡zás!..... me tiro al río: de la primera zambullida llegué á la Torre del Oro..... y de la segunda al Callao de Lima.

Ahora bien, amigo mío, si en la primera etapa, de pocos metros, en que el velonero sevillano dividió su audaz viaje, estoy yo á punto de irme á fondo, ¿no ha de admirarme y suspenderme el segundo trayecto de miles de leguas que Vd. intenta recorrer? ¿No han de causarme maravilla y admiración las fuerzas y el empuje que para verle realizado se necesitan?

Aun cuando Vd. va á tratar solamente de publicaciones hechas en un período limitado, el trabajo siempre es grande por la misma abundancia de los materiales. Yo celebraré en el alma que mis observaciones sean completas *ilusiones*, y el día en que tenga el placer de saborear sus primeros *Anales* recibirá usted mi segunda norabuena y aún la aplicación á ellos de ser—*“l'une de ces œuvres voisines des fables, qui ne se produisent pas deux fois dans un siècle.”*—A los disgustos, luchas y contrariedades que su empresa ha de producirle, ponga Vd. y le servirá de estímulo y de consuelo, aquello de que—*“los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, ántes se deben tener por gracias que por desdichas.”*

Contando con la finura de la Sra. Directora del CÁDIZ, y viendo por el erudito artículo sobre las Comedias de Aristófanes, inserto en el núm. 2, que dicho periódico llega á manos de Vd., me valgo del mismo para contestar á su carta. No crea Vd. borrada de la memoria la galante invitación que me tiene hecha para que escriba en la *Revista de las Provincias*: yo no olvido las honras y favores que se me dispensan, pero la vida que hoy llevo es tan antiliteraria, que gracias si puedo hilvanar una carta con pocas faltas de ortografía. Tengo un pié en el estribo para hacer la travesía de aquí á Fez (que pide cuerpo de hierro), y en la cual por no ser malos ginetes los viajeros emplearemos ocho días. Con decirle á Vd. que el jefe y promovedor de la excursión es el célebre hipófilo Sr. Conde de Lagondie, comprenderá Vd. que nuestra caminata se relaciona con la adquisición de buenos caballos árabes y con el estudio de los sistemas de cria y doma en un país que, aún cuando pasa por atrasado, se halla adelantadísimo en este y en otros ramos de la agricultura y de la industria.

Yo espero y deseo que se presente ocasión en que coincidiendo nuestras opiniones, abandonemos la esgrima literaria para la cual no tengo ni habilidad ni inteligencia. Recoje, pues, careta y florete con la mano izquierda, y alarga á Vd. la derecha, despojada del guante, su más fino y más rendido servidor,

THEBUSSEM.

Tánger 1.º de Junio de 1877 años.

LITERATOS Y TOREROS.

EN España, donde todo suele hacerse al revés, están por desventura casi desatendidos los adelantos, los buenos estudios, las bellas Artes, las ciencias y las letras, en tanto que se dispensa decidida predilección á las diversiones y espectáculos más repugnantes, y otórgase protección señaladísima á las personas que á tales espectáculos y distracciones dedican sus manos y pensamientos.

Paradoja forjada por nuestra imaginación parecería la anterior verdad, si una experiencia triste y dolorosa no nos lo estuviese continuamente demostrando.

Hay una carrera nobilísima entre las más distinguidas y nobles, de gran significación é importancia, de indisputable influencia en el modo de ser de los pueblos y el principal título de su buen nombre y fama; carrera honrosísima, de propósitos elevados y de mérito esclarecido; alma y vida, esplendor y realce de las sociedades cultas; fecundo manantial de bellezas y perfecciones, que realzan la inteligencia y solazan al ánimo; encanto y ventura del corazón, orgullo y gloria de las naciones. Esa carrera, tan apreciada de los doctos, tan enaltecida por los sabios, tan considerada por todos los pueblos ilustrados, la carrera literaria, hállese en España abatida, desatendida del modo más lamentable, sin protección general, casi sin favorecedores particulares, sin aliciente, sin esperanza. El literato en España, por regla general, está condenado á un trabajo continuo, incesante, que tortura su inteligencia y marchita y seca su entusiasmo, sin que jamás obtenga en su laboriosa existencia el fruto y galardón que sus desvelos y tareas justísimamente reclaman. Pobre empieza á ser literato, pobre continúa, y pobre (y plegue á Dios que no en la mayor miseria) concluye y fenece en medio de la glacial indiferencia de un pueblo que no acostumbra, ó no sabe, premiar las excelencias del Genio, ni los méritos del talento, ni la aplicación al estudio.

Hay en tanto una profesión, oficio, arte, ó como le llamemos, de ninguna importancia, ordinaria, inculta, que vive en medio de escenas crueles, que no honra por cierto el nombre de nuestro país; y, sin embargo, esa profesión, oficio ó arte, inútil y perjudicial, alcanza en España grandes ventajas, y plácemes, y prestigios, y favores, y elogios, y consideración é importancia. Esa profesión es..... el torero.

¿Qué contraste tan señalado y á la vez tan desgarrador el que ofrecen las vidas del literato y del torero en España! Vese á aquel casi siempre despreciado; vese á éste siempre atendido. Reducidísimo es el número de personas que conoce las obras del literato; miles y miles de españoles tratan, elogian y solicitan la amistad de cualquier mediano torero. Los trabajos doctos del literato relégalos al olvido el público indiferente; los trabajos toscos del torero, su audacia, su destreza, agilidad y osadas suertes, encomíalos y enaltecélos una inmensísima mayoría con aplausos prolongadísimos y frenéticos. Para el literato abundan las indiferencias, las tristezas, las desventuras; para el torero sobran los entusias-

mos, las alegrías, las prosperidades. Al torero español se le enriquece; al literato español se le desdén y se le deja morir en la pobreza. Para el uno, en fin, todo facilidades, aplausos y regalos; para el otro, todo indignancia, desatención y diatribas.

Y es por cierto asaz lamentable que el periodismo político, y aún no político (contadísimas excepciones hecha), que tanta influencia ejerce en nuestras costumbres é ilustración, sea el que más poderosamente contribuya, tal vez sin darse cuenta de ello, acaso sin querer, á labrar con sus ampulosos elogios el crédito y fama de cualquier matador de toros, banderillero ó picador, en tanto que deja yacer en el olvido y en la indiferencia el nombre del literato ilustre, del crítico eminente, del periodista sesudo, ó del poeta inspirado. Todo lo ha de saber el público si se trata de un torero; nada, ó muy escaso y somero, si de un literato se habla. Si aquel trabaja, si se pasea, si compra posesiones y construye palacios, si se divierte, si es dadivoso ó económico, si se casa, si visita, si es visitado, si se le aplaude, si obtiene ovaciones, si recibe regalos, si firma muchas contratas, si adquiere para su cuadrilla un nuevo banderillero, si sus admiradores le ofrecen, como débil muestra de su entusiasmo, una espada de plata, si es rumboso, si viste bien, si mata con gran aplomo y valentía, si tiene hijos, mujeres y parientes, ó si es soltero, ó viudo, alto ó bajo, guapo ó feo, más ó menos listo en sus ejercicios y movimientos taurinos, todo, todo, nos lo relatan infinitos periódicos con exagerados atildamientos y minuciosidad, en sitio preferente y en largos artículos, porque, á no dudarlo (ya se vé!) importa eso *muchísimo* á España, y á Europa, y á todo el universo mundo.

Y ¡qué proceder más indiscreto y censurable! En tanto que muchos periódicos imprudentemente dedican columnas enteras y secciones especiales para narrar los pormenores y peripecias, ya terribles, ya repugnantes, de una corrida de toros, anunciar los compromisos contraídos en tales ó cuales plazas por éste ó estotro diestro, consignar el buen lleno que hubo en tal circo por haber trabajado tal ó cual espada *famoso*, contar los caballos que murieron, las verónicas que le dió al bicho un torero y las banderillas de á cuarta que le puso otro, referir los cigarros y sombreros que tiraron al redondel los aficionados, los puntazos que recibió un picador ó un banderillero, el peligro en que se halló el matador á la hora de estoquear, y la cogida impensada que tuvo; ó bien detenerse en las alabanzas de la *diversión nacional*, encareciendo la fama que va consiguiendo el diestro andaluz, ó el diestro madrileño, y el porvenir glorioso que les espera en los fastos taurómacos; en tanto que tal hacen muchos periódicos (mengua da decirlo!) no tienen siquiera una palabra de animación para el jóven estudioso que con timidez se presenta en la república literaria; ni escriben una frase en encomio del modesto autor que da á la estampa producciones acabadas y perfectas con beneplácito de los doctos extranjeros, y para enaltecimiento de la patria literatura; ni dedican tampoco un breve suelto al exámen y elogio de esas obras ataviadas con las galas de la erudición y del buen gusto, de estilo elegante y lenguaje castizo y hermoso, con que honran á las letras nacionales numerosos publicistas de Madrid y de provincias.

¿Por qué tal y tan odioso privilegio para la ignorancia y la osadía? ¿Por qué tal y tan desconsolador olvido para el estudio, el mérito y el talento?

Muy cierto es que el mal está intensamente propagado por todas las esferas sociales. Rebajadas las costumbres públicas hasta un punto que causa pena, la juventud española se educa de modo nocivo y lamentable, entregada á diversiones, espectáculos y pasatiempos

peligrosos, y olvidada, casi por completo, de los estudios y trabajos intelectuales: es bien reducido el número de personas que se dedican á poseer una instrucción sólida, grave, benéfica y perfecta: constrúyense con entusiasmo plazas de toros, y cuesta trabajo fundar bibliotecas y sostener escuelas: asístese con el mayor gusto y regocijo á las fiestas taurinas, que nos degradan, y cuesta trabajo y como hastío concurrir á las solemnidades literarias ó científicas, que nos enaltecen: cunden, en fin, por do quiera velozmente el positivismo y el mal gusto; resultando de todo esto que las costumbres se relajan cada vez más, los vicios se enseñorean más descaradamente, la osadía triunfa, el verdadero talento se ve humillado, el materialismo grosero se diviniza, los espectáculos que producen emociones fuertes se favorecen con febril predilección, y las clases sociales (honrosísimas, pero no muy numerosas excepciones hechas) marchan desatentadamente al despeñadero de las pasiones, desde cuya cima no pueden verse ni admirarse en verdad las hermosuras y perfecciones que en sí atesora el Palacio de las ciencias, de las nobles artes y de la literatura.

Pero si muy cierto es por desgracia lo anterior; si tal y tan menguada es la situación presente de nuestras costumbres y defectos, no ménos cierto es también que al periodismo toca en primer término la digna y patriótica misión de coadyuvar al enaltecimiento y regeneración apetecidos. A él corresponde preferentemente cooperar á la desaparición de tamañas anomalías é injusticias y aberraciones como dejamos referidas, relegando al más completo silencio, indiferencia y olvido cuanto á describir fiestas taurinas se refiera, hablando en contra de tan anticivilizadora diversión, entregándola á la burla, al desden, á la sátira, ó clamando por su supresión; y dedicando toda su actividad y preferente cuidado á la propagación de la enseñanza en todos sus ramos, al elogio del talento, y al enaltecimiento de todo lo grande, meritorio y elevado: que así se verá honrada la patria ante la consideración de propios y extraños.

La prensa tiene esa alta misión, y debe cumplirla. Así se conseguirá que cese ese gran deshonor para España de que la ignorancia y la osadía prevalezcan y prosperen y naden en riquezas, en tanto que el talento está postergado, humillado, empobrecido. ¡Alto ya en el camino de las imprudencias!

No se dé en lo sucesivo á los toreros más importancia de la que verdaderamente deben obtener en la consideración pública: prémiese, en cambio, á los literatos como sus insignes merecimientos demandan.

Cuestión es esta de nobleza y de patriotismo: de justicia y de dignidad.

RAMON LEON MAINEZ.

Cádiz: Junio, 1877.

LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONTINUACION.)

CAPÍTULO VI.

El cuadro «La Esperanza».

Han pasado unos días desde que dejamos á nuestros personajes en casa de Julia, y volvemos á encontrarlos en un acontecimiento que diríamos solemne, si el vocablo no fuese demasiado majestuoso para expresar el escaso interés que las capitales de provincia suelen tomarse en un suceso artístico.

Nos referimos á la apertura de la Exposición de Pinturas.

La curiosidad más viva se había apoderado de todos los aficionados al arte de Murillo, por conocer á la autora de un cuadro de regulares dimensiones, que representaba *La Esperanza*; tenía por firma el nombre de *Eugenia*, y según

la opinión de cuantos le contemplaban, merecía el primer premio.

Nada más dulce que aquella *esperanza* representada por una mujer, indudablemente una madre; arrodillada junto á la cuna de su hijo, y elevando al Cielo una mirada llena de gratitud y de ternura porque cree descubrir en la sonrisa del ángel, el término de su enfermedad.

La figura de la mujer, que era la principal del cuadro, se veía de perfil, escurzándose admirablemente su blanco cuello entre los deshechos bucles de sus cabellos rubios, en la actitud de súplica con que elevaba al Cielo sus ojos velados por el llanto.

Una de sus manos oprimía su pecho como si comprimiase los sollozos que en él se levantaban, y la otra se extendía sobre la cuna, cual si quisiera proteger al inocente enfermo, que acariciaba con sus pequeñas manecitas aquella mano querida, semejando dos mariposas que jugasen en una azucena.

La verdad en los detalles, la valentía del dibujo; la suavidad y frescura del colorido; el ambiente del fondo, y la verdad de la expresión, daban al cuadro de *Eugenia* un encanto irresistible, y un mérito relevante. Nada más gracioso y natural que aquella mujer, cuyo dolor la hacía desde luego simpática, envuelta en un traje blanco que caía en graciosos y sobrios pliegues á su alrededor; que aquel niño, pálido por la enfermedad, con su vaga sonrisa de ángel, acariciando, acaso por última vez, al ser á quien únicamente conocía y amaba; y nada en fin más poético, más conmovedor, que la expresión de temor y alegría, de dolor y esperanza que revelaba la actitud y la mirada de la pobre madre.

Aquel cuadro no sólo estaba pintado; estaba sentido: parecía que la autora había observado atentamente, para copiarla, una de las escenas más desgarradoras y más interesantes de la vida real; la muerte de un niño.

No era extraño que ante aquel lienzo se detuviesen con interés y simpatía cuantos visitaban la Exposición; que atrajese todas las miradas, y diese lugar á las más aventuradas suposiciones.

Una bella obra de arte es mirada siempre con interés, pero cuando esta obra ha sido hecha por una mujer, el interés crece y fluctúa entre la incredulidad y el asombro.

En España, donde se dá á la mujer una educación tan limitada, es donde verdaderamente puede decirse que la artista *nace*; por que, si aquí alguna mujer logra adquirir un nombre y ocupar un lugar distinguido, puede asegurarse que lo debe á su propio instinto, á su voluntad y á su valor, nos atrevíamos á decir, pues tiene que luchar para conquistarlo, contra todo género de preocupaciones y vulgaridades.

Aunque parezca imposible, todavía en España al presentarse una obra de mujer se cree que se la han dado hecha; todavía no se le concede un lugar en esos centros científicos donde no hay que hacer pruebas de fuerza, sino de inteligencia; todavía, en fin, cuando se la cree, porque ha probado de cualquier modo su aptitud, se acoge con sorpresa lo que acredita su genio!...

Qué mucho!... si se vuelve la cabeza con asombro para seguir á la que dirige un coche ó maneja un caballo!

Aún falta bastante para que aquí se comprenda que la mujer es, ni más ni ménos que el hombre, una parte del todo social, y que no existiendo la seguridad de tener siempre un hombre que dirija su vida moralmente, y la facilite el medio de satisfacer sus necesidades materiales, es forzoso enseñarla á bastarse á sí misma, á ménos que no se prefiera dejar su porvenir confiado al azar de hallar un marido, de que este marido no se muera, ó si se muere que sea bastante rico para dejarla asegurada una fortuna!

Aberraciones que lentamente irán desapareciendo, por que nada más natural, más justo, ni más lógico y en armonía con la realidad de la vida, que enseñar á la mujer á trabajar; hacer ese trabajo reproductivo y desterrar de una vez y para siempre las necias preocupaciones que han hecho de ella un ente inútil en muchos casos, peligroso en algunos, y desgraciado en los más.

Decíamos, pues, que el cuadro de *Eugenia Ochoa*, llamaba extraordinariamente la atención, tanto por su mérito, cuanto por ser su autora desconocida completamente en la sociedad gaditana.

Hubo quien creyó que aquel sencillo y poético nombre de pila, era el pseudónimo de un pintor notable; otros atribuían *La Esperanza* á alguna elevadísima persona que deseaba guardar el incógnito.

Estos distintos pareceres llegaron á formar una atmósfera de interés palpitante en torno de la obra en cuestión, que llegó á ser el tema obligado de todas las conversaciones.

Como era natural, nuestros personajes tomaron parte en ese entusiasmo, puesto que la formaban del público en que el cuadro se exhibía, y nada hay más comunicativo que la admiración, que, como la chispa eléctrica, desliza su corriente de uno en otro, conmoviendo á cuantos con ella se ponen en contacto.

Estos ecos, estos rumores vagos que nada dicen, y que forman tan dulcísima armonía para el alma del que los promueve, llegaban apenas á el aislamiento de *Eugenia* como mensajeros de aquella gloria, tan soñada por todo artista como difícil de alcanzar. No era un sentimiento de vanidad, ¡pobre niña! lo que aquel triunfo la inspiraba, era una idea de calma; *Eugenia* no pensaba en ostentar aquella ventaja para abrirse un camino de ovaciones y aplausos, para alcanzar un lugar visible en sociedad; no, ella no pensaba salir de su retiro, pero creía asegurado su porvenir y el de su amada Luisa, si su cuadro alcanzaba un premio, lo cual era una confirmación pública y solemne de su mérito.

Dios sólo sabía las horas de trabajo, de ansiedad de lucha que había costado aquel cuadro!... ¡Dios sólo hubiera podido seguir el vuelo de las esperanzas é ilusiones que, en tanto que el pincel volaba dando forma al pensamiento, *Eugenia* creaba como flores de la fantasía que mueren apenas nacen!...

En cuanto á Luisa, que no había fijado siquiera su mirada en el cuadro de *Eugenia*, cuando oyó hablar con elogio de *La Esperanza*, exclamó con orgullo:

—Es de mi hermana!...

La afirmación voló de boca en boca, y esto reveló el nombre completo de su autora, tan desconocido despues de saberse el apellido, como cuando se ignoraba.

Hubo uno, sin embargo, que lo conoció: Lutgardo, el cual se dirigió á la Exposición diciendo:

—Ah!... Con que esta pintora es la misma que vendió para un palco, el cuadrito que yo tengo, y es hermana de Luisa!... Y pensar que no se me había ocurrido! Es verdad que la había olvidado completamente... será preciso buscarla!...

CAPÍTULO VII.

El primer láuro.

Lectores: si habeis conseguido alguna vez, ó lo habeis soñado siquiera, uno de esos triunfos artísticos que viven siempre en nuestros recuerdos, que forman en derredor de nuestro pensamiento como una atmósfera brillante que dora y embellece el mundo exterior; que flota como una esencia en el aliento que respiramos y nos embriaga con sus efluvios de gloria, comprendereis, sin duda lo que sentía *Eugenia* al adquirir la certeza de haber sido premiado su cuadro *La Esperanza*, por el Jurado de la Exposición.

Aquel premio era para ella la sanción de sus aspiraciones artísticas, era su título de pintora, el genio benéfico que había de realizar sus esperanzas, la llave que había de abrir á su paso todas las puertas.

El primer láuro conseguido por su débil mano la producía esa embriaguez dulcísima de la ambición de gloria, cuando moldeándose en la forma de una vaga esperanza, lleva en sí cuantos sueños puede encerrar la fantasía, combinados caprichosamente por esas traidoras ilusiones, que, como el iris, deslumbran con sus brillantes colores, y como el fulgor irisado, se deshacen con la interposición de la más pequeña sombra.

Eugenia sencilla en sus gustos, sencilla en sus deseos, sencilla en los sentimientos de su corazón, sentía ante su primer triunfo algo parecido á una embriaguez: era el principio de esa sed que jamás se calma, con la que empieza ese martirio que el mundo suele compensar con una corona de laurel. Sus gustos modestos, su carácter dulce, habían sufrido una transformación, leve pero notable. Al pasar la llama cerca de un mármol, no le carboniza, pero le imprime una vela oscura que denuncia la proximidad del fuego: así el orgullo de un momento no cambia un carácter, pero con su impulso puede influir, é influye seguramente, en una determinación decisiva.

Poco hemos dicho de *Eugenia*, y sin embargo creemos que nuestros lectores la conocen.

De estos seres el retrato es siempre exacto; sólo con copiar un rasgo, una línea, algo en fin de lo que les hace notables entre la generalidad, se les dá á conocer.

Ya hemos dicho que no era hermosa, pero era bella, simpática y atractiva, como la gracia, como el talento, como la bondad. Sólo que pertenecía á esos seres que deberían vivir en un mundo de sueños, sin rozarse para nada con la realidad de las cosas, sin otra misión que encantar al mundo con sus fantasías, así como la planta acuática, que en su fresco mundo de cristales líquidos no tiene otra misión que encantarle con sus flores.

Porque estos pensamientos que empuja la idealidad como empuja el viento la vela de un navío; estos corazones que desbordan su ternura como desborda su espuma una botella de *Champaña* al saltar el tapon que la contiene; estas voluntades entusiastas, indecisas, móviles á la impresión más leve, de la mejor buena fé y sin pensarlo acaso, hacen en la vida práctica los mayores desaciertos, las tonterías más grandes, sin sospecharlo siquiera.

(Continuará.)

PATROCINIO DE BIEDMA.

Correspondencia del CÁDIZ.

D. A. A.—Cádiz.

—Sra.: contesto á su carta, más por la cortesía con que está escrita, que porque tengan respuestas sus preguntas: yo no retrato á nadie en mis novelas; si en ellas se encuentran tipos que todos conocemos, nada más natural, puesto que de la vida real se copian.

Yo doy á sus personajes las condiciones que creo más convenientes para el desarrollo de mi plan; si en esas condiciones, buenas ó malas, hay quien se encuentra parecido, esta sería la ocasión de decir con el fabulista:

Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué...

Por lo demás, yo no apruebo el sistema de Miguel-Angel, retratando á sus enemigos, por más que lo hiciese en el Infierno; yo, si los tuviera, que no lo creo, ó á lo ménos, no lo sé, les condenaría al olvido, que es, en mi opinion, el mejor de los castigos.

D. A. de la Serna.—Medina Sidonia.

—Agradezco infinito sus atenciones y su ofrecimiento, que me honra, de visitarme. Ya sabe que será un placer para mí el verla en esta su casa, y repetirle mis sentimientos de amistad.

D. J. Pujol de Collado.—Barcelona.

—Mucho me agrada su aprobacion á mi plan respecto á dar al CÁDIZ una seccion de literatura extranjera, y sus discretas reflexiones me confirman en mi creencia de aumentar así el interés de mi revista.

D. Evelio del Monte.—

—Recibidos los sellos importe de la suscripcion al CÁDIZ. Gracias por los bellísimos originales, que espero no sean los últimos, y por sus ofrecimientos que acepto y aprecio. Con mucho gusto mio figurará su nombre entre los colaboradores del CÁDIZ.

D. E. F. de Rodas.—Subgobernador.—Linares.

—Serán servidas las siete suscripciones que me avisa. Muchísimas gracias por su bondad con el periódico y con la directora. Yo tambien lamento, como Vd., que no escriba para el CÁDIZ, pero sé que es porque más importantes ocupaciones le roban su tiempo, y creo que hacer política tan bien como Vd. la hace, vale más, mucho más, que hacer versos.

Mis recuerdos á su bella esposa.

D. F. Piñal.—Sevilla.

—Le reitero mi agradecimiento por su amabilidad: se enviará el CÁDIZ sin falta.

D. J. I. Escobar.—Madrid.

—Conformes en lo que me dice respecto á cambios.

D. A. de la Chica.—Jaen.

—Gracias por sus poesías, y sobre todo por sus elogios al CÁDIZ. No tiene el nombre de su directora, como Vd. bondadosamente supone, el valor de una joya inapreciable de Europa, y sólo para sus amigos y paisanos pudiera tener el que le presten con su afecto.

D. A. Borrego.—Madrid.

—Se ocupará el CÁDIZ del asunto que desea. Sí, tenemos *El Constitucional* que nos hace el favor de cambiar con nuestra revista, pero no estaría demás remitirse el número que indica.

Z.—Cádiz.

—Me es imposible publicar nada quellegue á esta redaccion anónimo: si Vd. quiere guardar el incógnito para el público, la directora le promete que nadie sabrá su nombre, ó bien el de un amigo que remita sus escritos; de otro modo no puedo publicarlos, y lo mismo digo á todos los que me han remitido poesías ó cartas con una inicial ó un pseudónimo.

D. N. D. de Benjumea.—Londres.

—Cuánto agradezco su amable carta! y vea Vd. lo que és el mal ejemplo!... Recordando lo hecho por nuestro amigo el Doctor, siento un vivísimo deseo de dar yo tambien al público eso de que «augura al CÁDIZ un brillante éxito por todos conceptos», y aquello de que su pluma está «á mi voluntad rendida», y la andaluza galantería de que «puedo hacer de su voluntad mangas y capirotos.» Y... pero ¡mil veces perdon! estoy haciendo lo mismo de que se queja que ha hecho THEBUSSEM, ese gran calavera de nuestra literatura, segun calificación de un amigo suyo, sobre la cual espero que se defienda!...

Y en verdad que yo, lejos de sospechar por el párrafo de carta violado, digámoslo así, á lo sagrado de las comunicaciones privadas, de su genio, pensé que tenía Vd. muchísima razon, y hasta iba á rogarle que no abandonase el tema, ya que tan de acuerdo estamos!...

Borraría lo escrito para que de mí no se quejase, á no ser porque me tranquiliza su afirmacion de que, «como directora, debo ejercer imperio absoluto sobre todo cuanto se me remita.»

Con promesa de guardar otra vez mejor el secreto, es-

criba cuanto quiera, y con especialidad de Cervantes y de tauromaquia, en que pensamos tan afines.

D. P. de Biedma.—Baeza.

—Mucho me alegro de la unanimidad con que ese distrito ha elegido á Genaro por su Diputado; hombres de su talento es lo que necesita el Congreso español.

A mi querida Aurora mil besos míos, que no la olvido.

Sra. Duquesa de la Torre.—Madrid.

—Agradezco infinito, Señora, el preciosísimo recuerdo que ha tenido la bondad de enviarme, su proteccion á mi CÁDIZ y sus amables ofrecimientos.

Su hermoso retrato, que ocupa un lugar preferente en mi gabinete, es muy admirado por todos. El ilustre general Serrano, tiene un distinguidísimo lugar en la *Galería de andaluces ilustres* que pienso publicar, y su retrato honrará mi revista. Yo espero que tambien tendré el placer de obtener su consentimiento para que mis suscritores puedan admirar una copia de este bellissimo retrato suyo que con tanto gusto guardo yo.

Queda avisada la suscripcion.

D. J. Navarrete.—Rota.

Mil gracias por sus lindos versos, y por la amabilidad con que se ocupa de mí. El CÁDIZ se honra con su colaboracion y tendrá mucho gusto en que no le olvide.

Srta. de Cúllar de Baza.—Jaen.

—Gracias, Teresa mia, por tus frases de cariño y por tus ofrecimientos que tanto valen. Dile á ese olvidadizo Marqués que me envia sus recuerdos, que debe saber que me debe una carta, y no se la perdono: tú escribeme cuando quieras, pues no hay nada más grato para mí que leer tus dulces frases.

Sr. Marqués de la Merced.—Madrid.

—Te agradezco mucho, mi querido Eufasio, tus deseos y ofrecimientos. Si se han perdido esas hojas que te enviaba, irán otras.

D. I. de Sabater.—Madrid.

—Las circulares han llegado. Mil y mil gracias, y mis cariños á María.

D. F. S. Cabrera de La Moneda.—Madrid.

—Será servida la suscripcion. Mil gracias y recuerdos míos muy cariñosos á todos.

D. M. de la Revilla.—Madrid.

—Mil gracias por ese trabajo que promete enviarme en breve. La honra es mia al contar con su ilustrada colaboracion.

D. J. Mesa y Arroquia.—Madrid.

—Te agradezco infinito tu apoyo al CÁDIZ y tu propaganda, así como tu cariño que sabes pago con el mio. Mis recuerdos á Eugenia y tus hermosos hijos.

D. A. Borrego.—Madrid.

—Es una honra para el CÁDIZ publicar el único trabajo literario que Vd. ha hecho. Gracias por la promesa; tengo mucho deseo de leerlo, enviémelo pronto; agradezco, cual siempre, su amabilidad y galantería.

D. F. García Caballero.—Sevilla.

—Siento que no haya recibido mi carta en que aceptaba, con inmensa gratitud, sus ofrecimientos; sus bellísimos originales, y cuantos tenga la bondad de enviarme, segun me ofrece, se insertarán en el CÁDIZ con muchísimo gusto mio, y honra de mi revista en compartir con nuestro querido y notable colega *La Ilustracion Española y Americana*, la publicacion de su interesante obra.

Deseo que vuelva felizmente de su viaje y que consagre su atencion al CÁDIZ, que en ello ganará mucho.

D. M. Ghirlanda.—Santa Cruz de Tenerife.

—Muchísimas gracias, mi querido amigo, por su propaganda del CÁDIZ y amabilidad con la directora. Se servirán los números que avisa. Venga Vd. por aquí algunos dias, dejando sus *afortunadas* islas, y verá como no se le ha olvidado.

D. C. de Sedano.—Madrid.

—Mil veces perdon, mi distinguido amigo, por una timidez que ha podido crear olvido.

Nombres como el suyo y amigos que tanto valen, no se olvidan nunca, y ménos por quien como yo les aprecia en mucho.

El temor de causarle una molestia en medio de sus graves ocupaciones, me privó del placer de pedir á usted su colaboracion para el CÁDIZ, y lo mismo me sucedió con otros muchos amigos que han tenido por sí mismos la amabilidad de indicarme que no tenían molestia en ello. Vd. sabe que el CÁDIZ es suyo, y desde luego voy é permitirme honrarle con su nombre, ya que es tan bueno que me perdona lo que llama mi olvido, y presta su atencion á mi revista.

Como su bondad alienta mi ambicion, á más de su colaboracion espero la de Alberto: á éste prometí la novelita que publicará en *La Política*, y ya que yo no he olvidado su deseo, no olvide él el mio.

D. M. Batanero.—Granada.

—No sé como agradecerle sus bondades para conmigo, y las preciosas obras religiosas que me envía, que leo y guardo con tanto gusto.

Su edad, que Vd. dice le hace ser *machacon*, es precisamente lo que más autoriza sus consejos, pues nada hay para mí más respetable que la ancianidad, ante la cual me inclino siempre con respeto y cariño.

Tiene Vd. razon en lo que dice, y por mi parte queda autorizado para recomendar al CÁDIZ cuantos colaboradores guste, en la seguridad de que serán muy bien recibidos. Ya que la idea de mi artículo *Literatura andaluza* le agrada tanto, que dice está encargada á la directora del CÁDIZ en Andalucía la misma mision que á mis ilustres amigos Balaguer y Trueba en Cataluña y las Vascongadas, fíjese en que si estos genios de nuestra moderna literatura se bastan á sí mismos, la pobre andaluza no puede por sí sola realizar tan vasta empresa, y necesita el concurso de todos. ¿Por qué no me escribe un artículo en que desarrolle todas las importantes ideas que indica en su carta, y hace un llamamiento, por sí mismo á los escritores y escritoras de Andalucía?

Ya habrá visto en los últimos números del CÁDIZ indicado el punto de residencia de cada uno de los colaboradores.

No tengo inconveniente en aceptar los trabajos de todos esos escritores que, segun Vd., se ocultan modestamente en sus provincias de Sevilla, Córdoba, Granada, Jaen, Almería, Huelva, Málaga, y el mismo Cádiz, al contrario, he hecho un llamamiento á todos, y espero que vengan, pero no puedo buscarlos por mí misma, lo cual, como Vd. conocerá, es completamente imposible, pues no tiene Patrocinio el poder que Vd. supone tan bondadosamente.

Es muy curiosa la idea de esa especie de estadística y clasificación de inteligencias que me propone en cada una de nuestras provincias, pero no veo el medio que se emplearía para hacer una suma exacta, á no ser que mi anciano amigo y amable consejero tuviese la bondad de prestarme esos datos que hace tantos años recoge, y sobre todo su colaboracion.

Puede indicarme los nombres de los poetas de Motril que me dice, y desde luego queda aceptada su colaboracion.

Gracias por sus deseos de mi salud; en cuanto al recuerdo que consagra á mi hijo, que voló al Cielo á los seis años de edad, ha llenado de lágrimas mis ojos.

P. DE B.

NOTICIAS.

De verdadero interés para la prensa en general es la circular que dirigida á los directores de periódicos de Madrid, á los señores que compusieron la anterior junta de gobierno del CASINO DE LA PRENSA, y á los socios que han cesado de serlo del mismo, ha publicado nuestro distinguido colaborador D. Andrés Borrego. De celebrar sería que la junta general de socios aceptara las bases ya aprobadas por la Junta de gobierno, pues, habia de redundar el cumplimiento de ellas en bien para todos los que nos consagramos á la noble profesion de las letras.

Las condiciones de nuestra publicacion no nos permiten reproducirlas, pero el Sr. Borrego sabe que cuenta con la adhesion y aprobacion del CÁDIZ á su trascendental pensamiento.

Estando ya compuesto este número llega á nuestras manos la siguiente poesia, y para no quitarle su valor de oportunidad, la damos en este lugar, rogando á nuestro distinguido amigo el Sr. Hidalgo nos dispense la involuntaria falta de cortesía que nuestro deseo de complacerle nos obliga á cometer.

Hé aquí la poesia que le agradecemos mucho:

Á la Sra. D.ª Patrocinio de Biedma, directora del periódico literario CÁDIZ.

Sorprendido héme quedado

y á más, lleno de estupor....

Ser ¡yó! colaborador
de tu CÁDIZ ilustrado?...

Has padecido, sin duda,
obrando de tal manera,
una falta lisonjera
que mi mérito no escuda.

Torpe rimador, coplero
y casi loco de atar,
me pretendes elevar
entre nombres que venero?...

Tu CÁDIZ, por tí afamado
se basta solo y se sobra
con lo que su fama cobra
de la que tú le has prestado.

Además, tanto escritor
como en su lista figura
¿no adivinas, por ventura
que superan mi valor?

Yo estimo tu cortesía:
distincion tan elevada,
sólo debe ser guardada
á sus plumas, no á la mía.

S. Hidalgo.

Cádiz: 1877.

En prensa ya nuestro número anterior, tuvimos noticias de la venida á esta capital de la notable compañía dramática que dirige el eminente actor D. José Mata, en la cual se cuenta á la distinguida actriz Sra. Liron. El teatro *Principal* que á más de lo interesante de los espectáculos que ofrece, tiene la inapreciable ventaja de contar con buenas condiciones de comodidad en esta estación, sabrá atraer á la parte más selecta de nuestra sociedad, con las bellísimas obras que ofrece, y con los notables elementos con que cuenta.

Nos ocuparemos, en este mismo número de algunas de las funciones que se den en él.

El día 20 del actual se celebró en la iglesia parroquial Castrense el 2.º aniversario por el eterno descanso de los oficiales é individuos del batallón reserva de Leon, número 7, que murieron gloriosamente en la acción de Carasquedo (Vizcaya), y que costean los jefes y oficiales de ese mismo batallón que hoy se encuentra en Cádiz.

A este solemne acto religioso asistió una distinguida concurrencia, rindiendo así un tributo de consideración á la memoria de los que dieron la vida por su patria.

Agradecemos mucho la invitación con que fuimos favorecidos.

Los Caballeros Hospitalarios residentes en esta ciudad, celebraron el Domingo 24 del corriente, una fiesta en San Felipe en honor de su Santo Patron San Juan Bautista.

Fueron cruzados algunos de los caballeros que han ingresado recientemente en la asociación.

El sermón estuvo á cargo del Sr. Cura castrense y ofició el Sr. Marquez, canónigo de esta Santa Iglesia Catedral. Una escogida concurrencia llenaba el templo.

Agradecemos infinito á los Caballeros Hospitalarios su amable invitación.

La compañía de zarzuela que tan brillantemente ha venido actuando en el teatro de Jerez, ha iniciado sus trabajos en Cádiz con el mismo extraordinario éxito. Es verdad que esta compañía, que dirige con notable acierto Don Isidoro Pastor, cuenta con artistas tan notables como las Sras. Ruiz y Montañez (D.ª Carmen y D.ª Adela), y los Sres. Verges, Cidron, Hidalgo, Alcalde y García. Creemos que el abono de diez funciones habrá de prolongarse en vista del decidido favor del público, que admira en el teatro-circo Romea las más lindas zarzuelas del repertorio moderno, aplaudidas en los teatros de Madrid, Barcelona, etc. etc.

Felicitemos á la empresa por el resultado que obtienen su inteligencia y actividad, así como sus deseos de complacer al público.

Con extraordinario éxito vienen representándose en el *Principal*, bajo la entendida dirección del Sr. Mata, los más notables dramas del teatro español contemporáneo. Un verdadero triunfo ha sido para el Sr. Mata y la Señora Liron la representación de *Cid Rodrigo de Vivar*, y la de *El pañuelo blanco* y algunos otros de que nos ocuparemos en nuestra próxima revista.

Felicitemos á la notable compañía por sus triunfos.

El Cádiz comienza, en el presente número á dar los retratos que tenía ofrecidos, los cuales se ampliarán con una sección de grabados, correspondiendo así al favor que el público dispensa á nuestra *Revista*.

Como deseamos que en la *Galería de retratos* figuren todos los andaluces que han honrado y honran á su patria, rogamos á nuestros suscritores, que á su vez puedan hacerlo á sus amigos, que tengan la bondad de enviar á esta redacción los retratos que posean ó les sea fácil procurarse de personas notables en cualquier concepto, acompañando una nota biográfica, para que si la dirección del Cádiz lo juzga oportuno, se publiquen sus grabados.

Lo mismo esperamos que harán los que no pertenecen á Andalucía, y aún los Extranjeros, pues, aunque los andaluces formarán una sección aparte, se admitirán todos.

Hacemos esta súplica, porque habiendo muerto muchas de las personas de que nuestra patria se enorgullece, y no sabiendo el paradero de otras, creemos facilitar así la realización de nuestro plan que consiste en dar á conocer á nuestros principales personajes.

Repetimos, y téngase muy presente, que la dirección del Cádiz, no devuelve ni originales ni retratos, y se reserva el derecho de publicar los que crea conveniente, sin que tenga que responder á exigencia alguna.

ANUNCIOS.

CANTARES

Y OTRAS RIMAS QUE LO PARECEN,

POR

D. Juan Vila y Blanco.

Un cuaderno de 32 páginas en 8.º con dedicatoria y 238 cuartetas.—A un real de vellón el ejemplar. Se hallará en casa del autor, Angeles, 4 y 6, Alicante.

NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto

de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo segundo de la nueva serie, con una colección de

FÁBULAS EN ACCION.

CUADRITOS DRAMÁTICOS EN VERSO

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 7 rs. en la librería de Morillas.

Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*, un tomo.—*El Vello de oro y Fea y pobre*, un tomo.—*La manzana de la discordia y El Sueño de la felicidad*, un tomo.—*La nube negra*, un tomo.—*Madrid por dentro*, dos tomos.—*Anatomía del corazón*, dos tomos.—Tomando la colección, se dá en 32 rs.—En la segunda serie, *Las trece noches de Carmen*, 5 rs.

Se ha publicado la segunda edición del libro satírico y humorístico de Guerrero, LAS LLAVES, 10 rs.

Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 13, en Madrid, remitiendo el importe.

ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO

CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados extensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresión muy compacta, pero clara, se halla de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía *La Mercantil*.

A los Sres. Corresponsales se les hace una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto antes, por ser la tirada muy corta y haber servido ya algunos de consideración.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5; en Madrid en las principales librerías.

CÁDIZ: 1877

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ

Sacramento 39 y Bulas 8.

COLABORADORES.

Auber, D.ª Virginia Felicia, Madrid.
Asensi, D.ª Julia, Madrid.
Calé de Quintero, D.ª Emilia, Lugo.
Díaz de Lamarque, D.ª Antonia, Sevilla.
Grassi, D.ª Angela, Madrid.
Gimeno, D.ª María de la Concepción, Madrid
Graciella, Madrid.
Lujan, D.ª Elisa, Madrid.
Ormaeche, D.ª Ermelinda, Bilbao.
Rattazzi, Madame, París.
Sinués, D.ª María del Pilar, Madrid.
Troncoso, D.ª Matilde, Habana.
Ablanado, D. Epifanio, Bilbao.
Albareda, D. José Luis, Madrid.
Almenas, Conde de las, Madrid.
Alvarez Jimenez, D. Antonio, Cádiz.
Asensio, D. José María, Sevilla.
Asquerino, D. Eduardo, Madrid.
Autran, D. Guillermo, Chiclana.
Alvarez, D. Miguel de los Santos, Madrid.
Alcalá Galiano, D. José, Madrid.
Alarcon, D. Pedro A., Madrid.
Balaguer, D. Víctor, Madrid.
Borrego, D. Andrés, Madrid.

Bárgos, D. Javier, Cádiz.
Castelar, D. Emilio, Madrid.
Cánovas, D. Antonio, Madrid.
Castro, D. Adolfo, Cádiz.
Campoamor, D. Ramon, Madrid.
Corradi, D. Blas de L., Alicante.
Cerdá, D. Manuel, Valencia.
Cueto, Marqués de Valmar, D. L. A., Madrid.
Chica, D. Angel de la, Jaen.
De Gabriel, D. Fernando, Sevilla.
Doctor Thebussem, Tanager.
Diecks, Gus avo, Dresden (Alemania.)
Díaz de Quintana, D. Alberto, Madrid.
Díaz de Benjumea, D. Nicolás, Londres.
Echegaray, D. José, Madrid.
Fabraquer, Conde de, Madrid.
Flores Arenas, D. Francisco, Cádiz.
Flores, D. Gerónimo, Cádiz.
Frontaura, D. Carlos, Salamanca.
Flaquer, D. Francisco de P., Barcelona.
Ginard de la Rosa, D. Rafael, Madrid.
Gomez Colon, D. José M., Cádiz.
Guerrero, D. Teodoro, Madrid.
García Caballero, D. Federico, Sevilla.

Hartzenbusch, D. Juan Eugenio, Madrid.
Herran, D. Fermin, Vitoria.
Harmsen, D. Alejandro, Alicante.
Hidalgo, D. Santiago, Cádiz.
Leon y Castillo, D. Fernando, Madrid.
Leon Mainez, D. Ramon, Cádiz.
Lamarque y Novoa, D. José, Sevilla.
Miró, D. Juan, Jerez.
Milans del Bosch, el General, Madrid.
Moreno Espinosa, D. Alfonso, Cádiz.
Moya y Jimenez, D. Luis, Madrid.
Mendoza, D. J. R. de, Barcelona.
Moreno Castelló, D. José, Jaen.
Navarrete, D. José, Rota.
Osorio y Bernard, D. Manuel, Madrid.
Offerrall, D. Javier, Cádiz.
Pongilioni, D. Aristides, Cádiz.
Pacheco, D. Francisco de Asis, Madrid.
Parreño, D. Federico, Cádiz.
Portela, D. Juan, Cádiz.
Pujol de Collado, D.ª Josefa, Barcelona.
Piñal, D. Federico, Sevilla.
Govantes de Lamadrid, D. Javier, Madrid.
Paz, D. Abdon, Madrid.

Pando y Valle, D. Jesus, Oviedo.
Rodruejo, D. Jorge, Cádiz.
Rodriguez Arroquia, D. Angel, Madrid.
Rodriguez Suarez, D. Manuel, Cádiz.
Ruiz Jimenez, D. Joaquin, Jaen.
Revilla, D. Manuel, Madrid.
Romero Ortiz, D. Antonio, Madrid.
Salvany, D. Juan T., Madrid.
San Martin y Aguirre, D. José, Valencia.
Steenackers, Mr. F. F., Lisboa.
San Miguel de la Vega, Marqués de, Barcel.ª
Sepúlveda, D. Ricardo, Madrid.
Sagasta, D. Práxedes M., Madrid.
Trueba, D. Antonio, Bilbao.
Sedano, D. Carlos, Madrid.
Sedano, D. Alberto, Madrid.
Vidart, D. Luis, Madrid.
Vieyra de Abreu, D. Carlos, Madrid.
Vila y Blanco, D. Juan, Alicante.
Vilar y García, D. Casto, Sevilla.
Valls y Alvarez, D. Antonio, Cádiz.
Valera, D. Juan, Madrid.
Valero de Tornos, D. Juan, Madrid.
Zarandona, D. Florentino de, Alicante.